

## LA LENGUA EN LA CIENCIA CONTEMPORANEA Y EN LA FILOSOFÍA ACTUAL \*

El tema de la lengua es candente, hoy día, en lo que respecta a su uso en Filosofía y en Ciencia, así como en lo relativo a la interpretación de lo que es la lengua misma. Desde el momento en que se ha cobrado conciencia de la independencia entre la palabra y la cosa y entre la categoría gramatical y cualquier estructura estable y universal de la realidad, la consecuencia ha sido reconocer la gigantesca importancia que ha tenido la lengua en la creación de los conceptos filosóficos y los conceptos científicos. Punto de vista que no es otra cosa que una derivación de las ideas de Humboldt y de Whorf acerca del condicionamiento que ejerce la lengua sobre nuestra visión del mundo. Pero el momento de cobrar conciencia de la existencia de una realidad, de dejar de confundirla con aquella otra que recubre y con la que tendemos a identificarla, es el momento de la crítica. La lengua, al tiempo que se ha hecho importante, central en nuestro panorama intelectual, se ha hecho problemática. En este sentido hay que interpretar, creemos, la frase de Urban de que la lengua es el último y más profundo problema filosófico<sup>1</sup>; la de Wittgenstein cuando afirma que toda Filosofía es crítica de la lengua<sup>2</sup>; o la de Carnap cuando asegura que la Filosofía es idéntica con la investigación de la lengua<sup>3</sup>. En el sector de los estudiosos que arrancan en su estudio de la lengua misma, no de otras realidades investigables o

---

\* Ponencia leída en la Semana de Filosofía celebrada en Madrid en abril de 1971.

<sup>1</sup> *Language and Reality*, 3.<sup>a</sup> ed., Londres, 1961, pág. 21.

<sup>2</sup> *Tractatus Logico-philosophicus*, Londres, 1922, 4.0031.

<sup>3</sup> *The logical Syntax of Language*, Londres, 1937, pág. 279.

describibles, al menos en esperanza, con ayuda de la lengua, podríamos citar con la mayor facilidad —sólo habría *l'embarras du choix*— toda clase de manifestaciones sobre ese problematismo.

En un momento de renovación de ideas en todos los campos, de desarrollo de nuevos conceptos científicos y de métodos nuevos de estudio incluso en las Ciencias Humanas, este problema de la lengua es central. No podemos prescindir de la lengua ni de los lenguajes especiales de ella derivados que han ido desarrollándose y cuyas ventajas e inconvenientes hay que pesar y medir. Al contrario, una serie de exigencias pesan sobre los diferentes lenguajes usados en la descripción de la realidad: deben hacerse aptos para descubrir hechos y relaciones nuevas, no deben cegarnos con una red conceptual procedente de siglos anteriores. Pero aquí se le plantea al lingüista un nuevo problema. El científico y el investigador tienden, quiéranlo o no, a considerar el lenguaje que emplean como un recubrimiento de la cosa, como una imagen transparente de la misma. No, por supuesto, en la forma ingenua primitiva, sino operando sobre la lengua, modificándola. Ya Platón, en el *Cratilo*, opinaba que el análisis de la realidad ha de hacerse siguiendo las ideas, no las palabras: lo que, dado que ciertas palabras, usadas de una cierta manera, responden a sus ideas, se traducía en una modificación de la lengua común y una selección dentro de ella. Este es, en definitiva, el origen de los lenguajes científicos y técnicos. Pero no han sido suficientes y se ha llegado a proponer teóricamente nuevos lenguajes ideales en que la palabra respondiera a la cosa: así ya en Descartes. La posición de Russel no es más que un refinamiento de esta última: su lenguaje ideal constaría de nombres propios y sus combinaciones, todo ello de carácter demostrativo, con objeto de obviar determinados inconvenientes de las lenguas naturales <sup>4</sup>.

Si estos proyectos utópicos no nos conciernen aquí demasiado, sí es claro que el lingüista ha de tomar posición ante los distintos lenguajes desarrollados a partir de la lengua natural con la idea de que contribuyan a la edificación de la Ciencia. Porque si ya Condillac decía que la Ciencia es un lenguaje bien hecho y luego se ha considerado la Lógica y, sobre todo, el sistema simbólico de la Lógica matemática, como la aproximación a un lenguaje perfecto, como un len-

---

<sup>4</sup> Cf. M. Black, *Language and Philosophy*, N. Y., 1949, pág. 134 sigs.

guaje universal de la Ciencia, el lingüista tiene que definir los lenguajes de la Ciencia como tales lenguajes, establecer sus propiedades y limitaciones como tales. Y el lingüista, hay que confesarlo, tenderá a un cierto escepticismo respecto a valideces universales o, en todo caso, las limitará a esferas determinadas. Asentirá, de otra parte, a las palabras de Russell cuando éste dice que las propiedades del lenguaje pueden ayudarnos a comprender la estructura del mundo<sup>5</sup>: pero estará tan lejos de rechazar la validez, relativa por supuesto, de las lenguas naturales y de entender «Lengua» simplemente como lenguaje científico o simbólico, como de aceptar un análisis de la lengua natural en términos que la esquematizan en exceso o la definen de una manera flotante entre lengua natural y lenguajes ideales. Así, cuando Wittgenstein define *name* como «unidad mínima de sentido» (*meaning*), con ello traza un paralelo, *grosso modo*, a lo que llamamos palabras pero sólo *grosso modo*, pues está al tiempo definiendo algo que lingüísticamente se nos escapa.

Intentamos aquí hacer visible una parte al menos de la problemática de los diversos lenguajes en la medida en que son actualmente usados en la Filosofía y en la Ciencia. Intentamos hacer ver al propio tiempo sus ventajas y limitaciones, los excesos que se han cometido en las esperanzas puestas en ellos, en las condenas también; y el influjo recíproco entre el lenguaje usado y la concepción de lo descrito por él, ese círculo vicioso que nadie ha conseguido romper porque sólo apoyados en lo descrito podemos analizar un lenguaje, y viceversa. Y también hay otro punto sobre el que quisiéramos decir algunas cosas: el papel de la Lingüística actual no sólo como estímulo para la crítica de la lengua y como punto de referencia para juzgar los nuevos lenguajes, sino también como modelo en la descripción científica, modelo que ha llegado a afectar a la metodología científica en varios sectores. También la contraria es verdad: lenguajes nacidos fuera de la Lingüística se han aplicado a ella y de esto ha resultado una nueva concepción de lo que es la lengua, que a su vez tiende a abrirse paso en imitaciones en varias ciencias humanas.

El problema de la lengua, en definitiva, está en el centro del problema no sólo de la descripción científica, sino, sobre todo, de la concepción de la Ciencia misma. Se llega a él desde dos puntos de

---

<sup>5</sup> *An inquiry into Meaning and Truth*, N. Y., 1940, pág. 429.

arranque: desde el interés intrínseco por lo descrito, es decir, desde la Ciencia y la Filosofía, y desde el estudio de la lengua misma. Se desarrollan así dos mentalidades que no armonizan fácilmente sus respectivos puntos de vista. Es cierto que de un tipo de interés es normal que se pase al otro y así nos ha sucedido, en mayor o menor medida, a todos. Pero es honrado explicitar el punto de partida de que se arranca. En el mío es bien evidente que es el punto de partida de las lenguas naturales: punto de partida que tiende a la descripción empírica y a generalizaciones sobre características de la estructura de las mismas, considerando los lenguajes científicos y sus referentes como un caso especial dentro de un contexto más amplio. Tal vez, con ello, desplaza el acento desde la realidad misma que estudian el filósofo y el científico, a sus medios de expresión y al influjo deformante que éstos producen. Inversamente, el que viene del campo de la Ciencia y la Filosofía tiende, como queda apuntado, a desvalorizar las lenguas naturales, a conferir valor absoluto a los lenguajes científicos, al menos a aquellos que sigue y aprueba. Por eso, una aproximación de puntos de vista, un diálogo, puede ser conveniente.

En el momento en que más aguda se ha hecho la conciencia de la lengua, de hasta qué punto nos apoyamos en ella, hemos visto que es un terreno pantanoso que se hunde bajo nuestros pies y nos hemos puesto casi frenéticamente ya a abominar de ella, ya a sanarla para darle una seguridad, supuestamente, definitiva. Por vacilante que sea ese terreno en él seguimos y seguiremos apoyándonos, a veces reforzándolo en ciertos sentidos. Es como el punto de apoyo sobre el que opera la palanca del pensamiento; punto de apoyo, de otra parte, afectado por ese pensamiento y por las estructuras que descubre. Su posición es verdaderamente central. Convendría, antes de nada, justificar este hecho.

Pienso que de ninguna manera puede verse mejor ese papel central que comparando el lugar actual de la lengua y su descripción científica, la Lingüística, con lo que hemos de pensar que es el origen primero de toda esta situación.

Podríamos decir que una lengua es un conjunto de unidades y de relaciones, expresadas simbólicamente, que constituyen un sistema o una serie de sistemas entrelazados. Puede ser objeto de descripción científica al igual que cualquier otro sistema de objetos y rela-

ciones, simbólicos o no. También es posible estudiar el conjunto de propiedades comunes a todas las lenguas o que, al menos, rebasan una lengua individual. Pero, de otra parte, la lengua sirve para la descripción científica en todos los campos, incluido el de la lengua misma; en este caso hablamos de metalengua.

La lengua descrita con ayuda de sí misma es la Lingüística; otros sistemas descritos, en sus relaciones internas y externas, con ayuda de la lengua, son las diferentes Ciencias. La lengua se opone, pues, a los demás campos científicos por su doble valor; como la Lingüística se opone a las demás Ciencias porque saca su lenguaje descriptivo de su objeto de estudio. Pero el cuadro debe ser ampliado mediante la definición del concepto de lengua, que no se refiere hoy ya a las solas lenguas naturales, sino también a una serie de lenguajes especializados.

Pues las Matemáticas, igualmente, estudian estructuras matemáticas por medio de signos que se refieren a ellas directamente, sin el intermedio, salvo para dar el marco de la descripción, de la lengua natural. Y lo mismo hace la Lógica, sobre todo en su moderna versión formalizada. En estos casos se trata de símbolos que se distinguen de los signos lingüísticos por algunas características: son unívocos, fuera de toda vaguedad o polisemia, no admitiendo sinónimos totales o parciales ni alomorfos; no son, muchas veces, traducibles a las lenguas particulares; son universales, al menos en intención, porque en la práctica quedan reducidos al ámbito de ciertas escuelas o posiciones teóricas; el acento está puesto en lo formal, pues en el curso de su manipulación se prescinde de su denotación, no se niega, pero deja de ser especificada<sup>6</sup>; finalmente, unos signos se deducen de otros y de los axiomas de ellos deducidos mediante una serie de inferencias y los positivistas lógicos afirman que los conceptos matemáticos pueden ser definidos por los lógicos, y viceversa.

Tenemos aquí dos Ciencias —o, si se quiere, una— que poseen su propio lenguaje, con ayuda del cual describen sus propios campos científicos; el paralelismo con la lengua va más allá, en la medida en que la simbolización lógico-matemática invade progresivamente otras varias Ciencias, incluida la propia Lingüística.

---

<sup>6</sup> Cf. Hockett, *Language, Mathematics and Linguistics*, La Haya, 1967, pág. 19.

Y no es solamente esto. Algunas peculiaridades de las simbolizaciones lógicas y matemáticas son compartidas por otras, como la de la Química. Otras peculiaridades son ya propias de la terminología científica, que, sin embargo, debe considerarse como un sector de una lengua natural en el que ciertas palabras adquieren valor unívoco o se crean con valor unívoco y se relacionan en forma máximamente sistemática, adaptándose el conjunto, al menos en intención a la estructura de la realidad, en grado superior al del vocabulario original de la lengua natural; a veces se añade que estos términos rebasan una lengua, tienden a convertirse en universales sufriendo sólo pequeñas modificaciones formales. Esto ocurre tanto en sistemas no simbólicos como en sistemas simbólicos o parcialmente simbólicos: descripción científica de los mitos o ritos de una sociedad, por ejemplo. En definitiva: hay una tendencia, en todas las ciencias, a crearse un lenguaje simbólico adecuado a su objeto. La diferencia que hemos planteado, para empezar, entre la lengua de un lado y todos los sistemas de unidades y relaciones de otro, en el sentido de la doble función de la misma, era un esquema aproximativo. La diferencia es de grado. Hay varios sistemas de unidades y relaciones y no sólo los lingüísticos, que han desarrollado sistemas de signos con que son descritos y que, incluso, los rebasan.

Lo importante, ahora, es estudiar las relaciones entre sí de estos sistemas de signos y sus relaciones con los distintos campos de estudio a que son potencialmente aplicables. Pero esto implica comenzar por sus relaciones con la lengua natural. Y en este momento es útil acudir al segundo de los dos puntos de vista a que arriba hacíamos referencia: el punto de vista diacrónico.

Puede decirse que la lengua natural se refiere a la totalidad de los dominios susceptibles de estudio por el hombre; el desarrollo de los demás sistemas simbólicos es el resultado de un proceso histórico que es el mismo proceso por el cual se ha profundizado en el conocimiento de ciertas áreas gracias al refinamiento de los métodos. *Grosso modo* tenemos la lengua natural, las terminologías científicas, la simbolización matemática y la de la Logística; mejor dicho, podríamos hablar de una simbolización de conceptos puramente cuantitativos y de otra de varias unidades y relaciones. El problema que se plantea es el de si estas últimas simbolizaciones son las llamadas a usarse como únicas en todo tratamiento científico o si ello no es

así. Es una cuestión en forma alguna inútil: pues cuando Carnap afirma que ante la nueva lógica todo lo que se entendía como Filosofía carece de sentido<sup>7</sup>, o cuando Chomsky y sus seguidores han saltado por encima de toda la línea científica de la Lingüística americana, por no decir de la europea, piensan evidentemente que la primera alternativa es la cierta.

Hemos de tomar la lengua natural como punto de partida. La lengua es una primera clasificación del mundo, es la primera Ciencia que posee el hombre. De nuestras lenguas europeas se han tomado las clasificaciones espacio-temporales, los distintos tipos de condicionamientos circunstanciales, conceptos como el de la predicación, oposiciones como la de sustancia y accidente, etc.; y también toda clase de taxonomías o clasificaciones léxicas. Sólo a partir de la lengua natural es posible percibir una organización en la realidad: la lengua —es sabido— condiciona nuestra visión del mundo. Pero, inversamente, esa red que en torno a nosotros tiende nuestra propia lengua, que nos hace percibir un mundo clasificado y que es obstáculo para que percibamos otro tipo de relaciones, es superable. La Ciencia consiste en la superación de la lengua natural: es posible, trabajosamente, llegar a percibir otra realidad no implícita o no implícita primariamente en la lengua. Pero como difícilmente concebimos conceptos sin vestidura lingüística, el resultado ha sido una evolución de la lengua y, concretamente, la creación de la lengua científica, que es lengua seleccionada y modificada, un nivel especial dentro de la lengua general y que es usado juntamente con la lengua natural en proporciones variables.

Esto nos hace ver que las sucesivas manifestaciones de la lengua científica, incluidos los sistemas de signos que ya no forman parte de una lengua particular ni tienen traducción a ella siquiera, son sucesivas manifestaciones de la tendencia a desarrollar determinados sectores de la lengua natural para adaptarla a tipos de realidad descubiertos por la Ciencia o analizados al menos en forma nueva. Pero siempre, incluso a nivel sincrónico, es clara, a un cierto respecto, la primacía de la lengua natural. Puede decirse que las distintas Ciencias no son otra cosa que parcelas del antiguo dominio descrito con ayuda de la lengua natural. Esta continúa siendo válida como el ins-

---

<sup>7</sup> En A. J. Ayer, *El positivismo lógico*, trad. esp., México, 1965, pág. 140.

trumento general de descripción, sólo adicionado de términos específicos en casos particulares. Incluso cuando se describen objetos lógicos o matemáticos, las simbolizaciones propias de estas Ciencias van encuadradas dentro de la lengua natural, para completarla en algunos aspectos. Y esas simbolizaciones tienen precedentes en el dominio mismo de la lengua natural. Por otra parte, la lengua natural, adicionada con una terminología apropiada, es todavía hoy la principal metalengua de que disponemos: los sistemas de signos, sean cualesquiera, son descritos fundamentalmente con su ayuda. Y a partir de ella, para completarla o superarla, por acción o reacción, continúan proliferando todos los sistemas de signos. Otra distinción importante es que la lengua natural está ligada esencialmente a la palabra hablada, mientras que los otros sistemas simbólicos tienden a unirse a la escritura, a ser impronunciables incluso.

Podemos, pues, postular que la lengua natural es una especie de matriz a partir de la cual se desarrollan las terminologías o lenguajes científicos con tendencias más o menos universalistas y los sistemas simbólicos con ambición plenamente universalista. Y que todo este desarrollo es paralelo con el desarrollo del conocimiento científico del mundo y de la lengua misma: es, mejor dicho, el mismo. Con esto queda confirmado el lugar central de la lengua en el mundo del saber, tanto en lo que respecta a los signos como tales signos como en lo relativo a su contenido: y ello para todas las especialidades. Una confirmación de todo ello es el influjo que han ejercido las concepciones lingüísticas vigentes en una determinada época con las concepciones generales de la Ciencia. Sobre este punto queremos detenernos un momento.

Ello es bien claro si se piensa en lo que ha sucedido en nuestra época con las doctrinas estructuralistas. Es de todos reconocido el influjo del Estructuralismo a la manera de Saussure en la Etnología y Antropología, las Ciencias Sociales, la Economía, etc.: sobre todo en las Ciencias que se ocupan de sistemas simbólicos, pero no sólo en ellas. Lo que ha sido verdaderamente funesto —y me atrevo a decirlo— es que una doctrina que aún no estaba plenamente desarrollada, que estaba muy poco desarrollada en lo concerniente a los sistemas de signos, ha sido transportada a otros campos, a veces por aficionados poco o nada conocedores de los mecanismos de la lengua. Peor todavía, ha sobrevenido luego la moda de la Gramática

Transformacional, que ha hecho disminuir el ritmo del trabajo en el estudio de los sistemas de signos lingüísticos; aunque el Transformacionalismo, en el fondo, a sistemas de signos se refiere, si bien terriblemente simplificados en lo semántico. En fin, pese a todas estas desgracias, que han convertido el término Estructuralismo en algo totalmente confuso, es bien claro que la atención renovada —en forma alguna nueva— a las interrelaciones sistemáticas de las unidades lingüísticas ha sido un acicate para descubrir otras paralelas en vastos dominios de lo humano descritas por la lengua y, en general, más por la lengua natural que por lenguajes científicos. Allí donde estos lenguajes científicos jugaban un mayor papel, el punto de vista estructural, con o sin el empleo de esta palabra, era esencial desde mucho antes, lo que se echa de ver en el carácter sistemático y simétrico de terminologías y formulaciones en Ciencias Naturales, en Física, en Química, etc. La lengua, primer instrumento de descripción del mundo, y la Lingüística, descripción de ese primer instrumento de descripción, han influido e influyen decisivamente tanto en la creación de nuevos instrumentos de descripción como en la descripción misma. De ahí que la Lingüística sea como un modelo de varias otras ciencias y que la imagen de la lengua que nos suministre no sea sin relevancia para la imagen de otros sectores de la realidad. Pero a su vez la imagen de la lengua depende del instrumento de descripción: del lenguaje empleado para describirlo. Estamos otra vez ante el gran embrollo, el magno entrecruzamiento que relaciona variamente significantes y significados, lenguajes y saberes. La posición central, diacrónica y sincrónicamente, de la lengua no la deja aparte de esta situación ambigua: al contrario, es ambigua como lo es todo punto de cruce, toda matriz que conserva comunidad con aquello que produce.

Y esto nos devuelve a un tema que hemos rozado constantemente para siempre dejarlo a un lado. Es el de si ese desarrollo de sistemas simbólicos que nacen a partir de la lengua y que cada vez se alejan más de ella, respondiendo a una ampliación o modificación de la visión científica del mundo, significa un progreso radical que anula las versiones precedentes del lenguaje científico; o si cada lenguaje científico, y lo mismo la lengua natural, tienen sus esferas propias de uso en que resultan ventajosos, tienen también sus limitaciones. En realidad, se ha hecho tantas veces, en la teoría y en la

práctica, la crítica de las lenguas naturales, que no merece la pena insistir demasiado en ella. Más interés tiene, pensamos, en la situación actual, hacer la crítica de los lenguajes científicos. Y, también, insistir en un dato que los científicos y los filósofos embarcados en la creación de los nuevos sistemas de signos y en su aplicación suelen, en su entusiasmo, pasar por alto: la relatividad del valor como instrumentos de descubrimiento y designación de todos estos sistemas por el hecho mismo de ser lengua; las limitaciones de cualquier lenguaje científico por el hecho de ser lenguaje. Pues los lenguajes científicos están inscritos dentro del concepto general de lenguaje, las diferencias que los separan de la lengua natural no son suficientes como para que dejen de compartir peculiaridades esenciales de ésta. Los lenguajes científicos y la misma lengua natural, tan despreciada a veces, son un instrumento de conocimiento y pueden emplearse con ese objeto ya unos, ya otros, ya refinamientos o perfeccionamientos que se introduzcan. Pero no son panaceas ni llevan a ningún absoluto. Esto es, al menos, lo que yo diría como lingüista. Y no es obstáculo para admitir que las descripciones logradas con unos u otros lenguajes y terminologías ponen de relieve aspectos reales del objeto descrito, como es comprobado por el hecho de que la Ciencia así lograda es eficaz en el plano tecnológico y, por lo tanto, acertada; lo único que afirma el lingüista es que esas descripciones no agotan el objeto y que incluso las más ajustadas se hacen a expensas de desconocer ciertos aspectos del mismo. Es lo que ocurre con la fotografía o la pintura: por más que se varíe la iluminación, el enfoque, las técnicas o la sensibilidad del autor, siempre hay algo de la realidad que se les escapa. La lucha es siempre por aprehender lo más posible, o al menos aspectos nuevos y evitar las interpretaciones engañosas.

Veamos primero, para comenzar, lo que es ese encuadramiento de los lenguajes científicos dentro de la lengua natural de que hemos hablado. Un Descartes, un Russell, un Carnap, que hemos citado antes, tantos otros autores más, plantean la oposición entre lengua natural y lenguaje científico de una forma diferente: los lenguajes científicos se oponen a la lengua natural como sistemas de signos más perfectos, ya se trate de terminologías científicas, ya de las formalizaciones de la Logística, ya de lenguas ideales a construir. Nos señalan entre los defectos de la lengua natural su vaguedad: con la

misma palabra o categoría se pueden nombrar cosas o conceptos diferentes y habrá quien acuda a una palabra, quien a otra; su ocasional falta de sistematicidad, que obliga a acudir alternativamente a diversos niveles lingüísticos (a la palabra, el sintagma o la oración, normalmente); las constantes asimetrías entre forma y contenido (sinónimos, homónimos, amalgamas, alomorfos, sincretismos, etc.). Naturalmente, también se echa en cara a la lengua natural su carencia de significantes para determinados significados que se consideran existentes. Y una mayor ambigüedad del signo, cuyo significado varía según quienes lo enuncian o lo reciben. Así podríamos seguir.

Un lingüista no negaría ninguno de estos hechos y aun añadiría otros nuevos de su cosecha. Pero negaría que la oposición lengua natural/lenguajes científicos se subsuma en una valoración negativa frente a una positiva. Más bien haría ver que, dentro de las diversas sublenguas que son posibles dentro de una misma lengua, meras variaciones parciales de un código común, hay dos grupos o tendencias contrapuestos, el del lenguaje científico y el del lenguaje literario y poético, cada uno dotado de sus virtudes y de las limitaciones que corresponden a esas virtudes. En nuestra *Lingüística Estructural*<sup>8</sup> hemos insistido sobre este punto; aquí apuntaremos solamente algunos hechos.

Prescindiendo de otro punto de vista más profundo al que aludiremos más adelante, los datos de la lengua natural que se critican son, en parte, puras asimetrías formales derivadas de la conservación de ciertos fósiles o de la generalización deficiente de ciertas formas; pero en parte son función de la abertura de la lengua, característica que la hace susceptible de un manejo y una comprensión individuales y, también, de evolución. La lengua puede, sin renunciar a la forma de las unidades, prescindir de su contenido cuando así interesa y en esto consiste el procedimiento de la neutralización; puede alterar los contenidos según los contextos sintagmáticos u opositivos, que el hablante puede innovar dentro de ciertos límites; puede, en definitiva, crear nuevas clasificaciones de la realidad, válidas para un hablante en un momento dado, para un grupo de hablantes o para todos los hablantes. Puede, así, crear entre otras cosas el lenguaje científico; y puede obliterar partes enteras del sistema,

---

<sup>8</sup> Madrid, 1969.

aunque, fuerza es reconocerlo, las formas fósiles que quedan son susceptibles de crear prejuicios, metafísicos o no, a los hablantes, como se ha dicho tantas veces. Por supuesto, el lenguaje científico da firmeza y estabilidad a los signos, sistematiza las relaciones entre ellos, elige las clasificaciones de universalidad máxima. Favorece así el conocimiento de lo general y el establecimiento de nuevas conexiones entre las cosas, ocultas al hombre común. Pero véanse ahora los inconvenientes: la rigidez de los nuevos sistemas hace que sean a su vez un obstáculo para el progreso, un instrumento demasiado esquemático y unilateral para conocer la realidad. No dejan hueco a la iniciativa individual, al desarrollo, dentro de las múltiples posibilidades de la lengua natural, de otras clasificaciones de la realidad. Pues no es seguro que el grado de generalidad de una clasificación, el hecho incluso de que sea aceptada por la comunidad de los doctos, determine su verdad y, sobre todo, la exclusión de otras basadas en otros puntos de vista. Y más que suele suceder que allí donde un autor cree usar una palabra o las palabras de un campo semántico en sentidos unívocos y perfectamente sistematizados, un análisis detenido deja ver, con grandísima frecuencia, múltiples restos de irregularidad. Esto se aplica no ya a los orígenes del vocabulario filosófico y científico, sino al de nuestros mismos días. Sobre esto volveremos.

Pero dejamos de momento el tema para hacer ver que, frente a la lengua científica, la lengua literaria y poética representa el extremo contrario. Y que a los defectos de la ambigüedad, la presencia constante de lo subjetivo, de las connotaciones, corresponden las virtudes propias de la multiplicidad y de la abertura. Las asociaciones imprevistas con ayuda de la metáfora o de otros recursos, la constante reclasificación del léxico, la utilización cambiante de los niveles, proporcionan valiosos instrumentos heurísticos y expositivos, sobre todo en el mundo de lo humano. ¿No es cierto que sólo la Literatura y la Poesía han podido, con ayuda de estos y otros recursos, superar las triviales clasificaciones del léxico que se han adueñado de todas las lenguas europeas? Oposiciones del tipo de cuerpo/alma, hombre/dios/naturaleza, sensible/intelectual, vista/oído, etcétera, son superadas una y otra vez mediante el relieve dado a aquello que, ocasionalmente, las rebasa. Las intuiciones de los poetas podrán sistematizarlas los hombres de ciencia y pensamiento,

pero es bien claro que existen y que se han logrado con ayuda de un desarrollo de aquel aspecto de la lengua que, paradójicamente, es el opuesto al cultivado por la llamada lengua científica.

Pensamos, pues, que la lengua natural no tiene ni debe tener cerrado el acceso a la construcción y exposición de la Ciencia; que con sus limitaciones y peligros evita limitaciones y peligros de los lenguajes científicos. Hoy en día, después de muchos desengaños, nos hemos hecho críticos respecto a la lengua. Los lenguajes científicos son limitados, no podemos encerrarnos definitivamente en ninguno de ellos ni en una sucesión de ellos. Y las lenguas ideales universales son utopías inexistentes. Por más que la lengua sea peligrosa, no podemos dejar de usarla, sometiéndola, eso sí, a una fuerte crítica, no dejándonos llevar de su tendencia a la vaguedad ni de su tendencia a la hipóstasis. Incluso pensadores como Korzybski y Hayakawa, para quienes la falta de salud mental de la Humanidad procede de los desajustes en el uso de la lengua, no pueden proscribir el uso de los abstractos: sería invitarnos a callarnos, como ha dicho Urban<sup>9</sup>. Esos «gritos perfeccionados de monos» de que habló Anatole France es lo único que tenemos. Podemos intentar perfeccionarlos más todavía o, mejor, usarlos en varios sistemas y niveles que se complementen y corrijan: no otra cosa.

Porque sucede que, yendo al punto de vista más profundo que anunciábamos más arriba, las limitaciones fundamentales de la lengua están presentes en todos los lenguajes, llámense científicos o como se quiera, que el hombre ha ideado o ideará en el futuro. Son, simplemente, limitaciones humanas: son lo que hace que el conocimiento pueda avanzar, pero no sin contradicciones ni tropiezos; y avanzar, sobre todo, teniendo siempre a la vista un límite inasequible, que se desplaza cuando parece que va a ser alcanzado. Y lograr una verdad operativa mediante análisis que no ponen simultáneamente de relieve todos los aspectos de las estructuras a que se refieren.

El problema clave consiste en que los signos lingüísticos, salvo unos pocos desarrollados luego por las Matemáticas, no responden a una cuantización, ni tampoco son susceptibles de definir objetivamente una cualidad o grado. Su definición es puramente opositiva.

---

<sup>9</sup> *Language and Reality*, 3.<sup>a</sup> ed., Londres, 1961, pág. 290.

Entre *frío*, *templado* y *caliente* hay una gradación que no se marca en grados de temperatura. Lo que para uno es *templado* para otro puede ser *frío* o *caliente*: lo único seguro es que una misma persona en unas mismas circunstancias llamará *templado* a algo que tenga una temperatura superior a algo que califica de *frío* e inferior a algo que califica de *caliente*. ¿Y cómo evaluar el grado de *dolor* o de *alegría*, por ejemplo? La lengua, desde luego, no lo hace. Los cuantizadores del tipo *mucho*, *poco*, *más*, los adjetivos comparativos, etc., son puramente relativos. Pero hay un segundo rasgo de los signos lingüísticos que nos interesa en este contexto: responden a una concepción discontinua del mundo descrito por la lengua. Cuando se pasa de lo *frío* a lo *templado* no hay una zona intermedia en que la temperatura varía gradualmente: es como si se pasara de una entidad a otra, pese a que lo *frío* y lo *templado*, en sí, no tienen referentes fijos, dos personas distintas, según queda dicho, pueden emplear la una o la otra palabra para un mismo referente. Para el hablante común un signo tiene un significado unitario: al menos, procede como si lo tuviera, aunque en un momento dado puede reflexionar y reconocer la verdad. Y todavía otra tercera característica, bien conocida de los lingüistas: las oposiciones se realizan sobre bases perfectamente arbitrarias. El verbo puede no tener tiempo o distinguir un pasado y un presente-futuro o delimitar en el pasado uno próximo y uno lejano, etc.; el nombre puede conocer sistemas de un número variable de casos o no tenerlos; una palabra latina puede responder a nuestro 'nieto' y a nuestro 'sobrino', y en cambio, a nuestro 'tío' responden en latín dos palabras diferentes, según sea paterno o materno; etc. Ciertamente que puede acudirse a otros niveles y que existe una cierta, aunque problemática, relación con las estructuras de la realidad.

Así, la lengua procede como si fueran absolutas clasificaciones que son solamente algunas de las posibles; procede como si los signos correspondieran a objetos definidos y unitarios, en cierto modo hipostasiados; y cuantiza de un modo muy imperfecto. Por ejemplo, una persona que tiene que describir el tiempo que hizo en su localidad en un momento dado, tiene que apoyarse en una serie de opuestos del tipo *húmedo/seco*, *despejado/cubierto*, *caliente/frío*, *ventoso/sin viento*, etc., aislando conceptos que no se dan aislados y atribuyéndoles un valor absoluto; puede, ciertamente, cuantizarlos aunque

de una manera relativa y subjetiva. Puede también, mediante diversos recursos, poner el acento en unos u otros lugares de la descripción. Por esta vía indirecta se llega a una síntesis difícil de sustituir por cualquier otro recurso. Pero los puntos de partida de la síntesis son problemáticos. La lengua científica trata de superar ese problematismo y en parte lo logra. Pero aísla y congela los datos del problema y no logra —no intenta, en realidad— sustituir la síntesis subjetiva que realiza la lengua natural. Por otra parte, aunque ya hemos anticipado cosas, conviene ver más en detalle en qué medida los lenguajes científicos continúan presos en las eternas aporías de toda lengua y en qué otra consiguen superarlas.

El mayor éxito es, sin duda alguna, la cuantificación introducida por el lenguaje matemático con ayuda de los numerales auxiliados por algunos signos de unidades y relaciones. Aunque el arranque del sistema es lingüístico y opositivo, se ha convertido en algo despojado de relativismo y de ambigüedad y además organizado como un continuo. Este lenguaje se ha revelado como un instrumento ideal para describir sistemas de relaciones complejas y su esfera de aplicación aumenta cada día. No es preciso insistir en esto. Convendría apostillar, sin embargo, que se trata de «un» instrumento, no «del» instrumento. Pienso que estamos muy necesitados hoy en día de esta precisión y de otra: que las Matemáticas, con su alto grado de abstracción, no han evitado ciertas limitaciones de los sistemas de signos ni han evitado la contrapartida de sus ventajas.

Las Matemáticas formalizan sistemas de relaciones, sobre la base de una cuantificación. La cuantificación de por sí es neutra: necesita algo que cuantificar. O sea, hay que partir de unidades, organizadas en sistemas. Estas unidades y estos sistemas son algunos entre los varios posibles: es tan válida una Geometría euclidiana como otras de más dimensiones; y pueden construirse modelos diversos válidos por sí mismos, pero no generalizables. La cuantificación y su cálculo no es, pues, otra cosa que un apoyo para realizar una descripción científica: si los conceptos de que se parte son o equivocados o, simplemente, parciales, el edificio construido, por muy impresionante que sea, llevará dentro de sí estas deficiencias. No hay, pues, por ejemplo, por más que se hable en esos términos, una Lingüística Matemática, sino una Lingüística que usa, entre otros, recursos matemáticos. Son las palabras de la lengua natural o la científica o los

símbolos no cuantitativos de ésta los que constituyen y deben de constituir el arranque. Hay, pues, un análisis previo de conceptos, una definición previa de signos y de símbolos, de relaciones.

Pero dado que estos signos y símbolos están relacionados entre sí y que esas relaciones pueden encontrar, a veces, expresión matemática, puede intentarse definirlos de este modo. En realidad, pensamos, las Matemáticas pueden contribuir de manera importante a la definición de los mismos, prescindiendo ahora de si eran los más útiles y adecuados que podían haberse propuesto. Bien orientada, la estadística lingüística, por ejemplo, puede lograr interpretaciones y explicaciones que, si no, serían difíciles o imposibles de alcanzar. Pero hay algunos inconvenientes, que afectan sobre todo a las Ciencias humanas. Hay que descubrirlos ahora que éstas tienden a matematizarse: no para negar las ventajas del método, sino para establecer realistamente sus limitaciones.

Los sistemas de relaciones que no son obra del intelecto humano son terriblemente complejos e irregulares. Y no están a nuestro alcance para describirlos exhaustivamente. Aunque lo estuvieran, sería un problema insoluble el de tipificar los distintos usos y casos que se cuantifican. Por citar un ejemplo dentro de la Lingüística, ya que de Lingüística hablamos. Describir la distribución total de una palabra en una lengua exigiría el conocer la totalidad de veces que ha sido pronunciada, con los contextos respectivos, con datos sobre el nivel de lengua de cada uno, sobre el hablante, el oyente; exigiría también la contabilidad absoluta de las palabras conmutables, a su vez con todos los datos reseñados. Los contextos, niveles, etc., deberían ser estrictamente tipificados. Haría falta, de otra parte, el trabajo inverso para las palabras inmediatas en la distribución y para las conmutadas con ellas. Habría, también, que prestar atención a la cronología. Así se lograrían algunas aproximaciones al porqué del empleo de la palabra en los diversos contextos, en función de los factores mencionados: es decir, a su sentido, dentro de una amplia gama perfectamente cuantificada. Este programa es claramente irrealizable. O pongamos un ejemplo diacrónico. Un grupo de fonemas está sujeto a una serie de tendencias evolutivas por razones ya de sistema, ya sintagmáticas; pero tanto en el sistema como en la distribución puede haber varias tendencias que se contraponen entre sí. Es como un sistema de fuerzas. Pero el cálculo de estas fuerzas

exigiría tal suma de datos, ya de tipo articulatorio, ya fonológico, ya sociológico, etc., que ninguna previsión por vía matemática parece posible. ¿Qué decir si queremos llevar el método a la descripción de relaciones entre dioses o mitologemas o a la explicación de los procesos históricos? Hemos de suponer que puede encontrar zonas de aplicación, pero que no pueden esperarse milagros.

El método matemático es utilizable en una serie de Ciencias como un suplemento, sin duda destinado a aumentar su ámbito de empleo, a una organización propia de conceptos. Sobre esta doble base están edificadas, total o parcialmente, una serie de Ciencias. Lo dudoso es la universalidad del esquema y, donde existe, el grado de importancia de los dos factores: lengua natural y terminología científica, de un lado; lenguaje matemático, del otro. Hay un tercer factor, los símbolos, por otra parte usuales en Matemáticas. Sobre éstos hemos de volver. Aquí nos limitamos a poner una caución: parece dudoso que las Ciencias que han reducido su método a una cuantificación de una serie de conceptos expresados simbólicamente, o, si se quiere, a una serie de tipos de inferencia a partir de un corpus de axiomas, sean el modelo para todas las demás. Forman muchas de ellas sistemas demasiado complejos e irregulares, demasiado inaccesibles a la exploración completa, demasiado sometidos a puntos de vista múltiples que se traducen en conceptos también múltiples, para que el programa pueda considerarse hacedero: alguna aproximación a él sí que puede realizarse, con tal de que el método no condicione la concepción misma del objeto de la investigación, como sucede con demasiada frecuencia. Por tanto, la lengua natural y las terminologías científicas tienen aquí, en el futuro como en el pasado, amplio campo de acción. De éstas y de los sistemas simbólicos vamos a ocuparnos. Porque ahora está en el ambiente desconfiar de las primeras y supervalorar los segundos, y conviene, por tanto, intentar someter a aquéllas y éstos a una valoración crítica desde el punto de vista de la Lingüística.

Lo primero que ocurre cuando se maneja una terminología científica es que ésta se inserta en la lengua natural, no es más que una adición a la misma en ciertos momentos clave del razonamiento o la exposición. Esa lengua natural, de por sí o por haber absorbido terminologías científicas antiguas, no distingue allí donde el científico o pensador moderno quisiera que distinguiera, y distingue allí donde

no debería distinguir. En nuestras lenguas organiza todo proceso como referido a un sujeto y un predicado, identifica esencia, existencia y relación de igualdad, contiene oposiciones que la Ciencia en unos casos y ciertas versiones de ella en otros elimina, tales como la de materia y energía o la de tiempo y espacio; además, y por supuesto, tiende a sugerir una existencia autónoma, aislada por así decir, de los referentes de todas las palabras: la teoría de las ideas procede de aquí y la tentación está siempre presente. Ahora bien, estos son condicionamientos que son en cierta medida evitables mediante una atención crítica y con ayuda de recursos especiales que la misma lengua suministra. Entre ellos, la creación de palabras nuevas o el uso de palabras en sentidos restringidos o modificados en algún modo. La lengua natural es como una envoltura que recubre todos los lenguajes científicos y que no es un obstáculo demasiado grave si se le presta atención crítica; es, de otra parte, ya lo hemos dicho, la matriz que hace posible un desarrollo de esos lenguajes.

Más grave es, volviendo a las terminologías, que también sobre éstas ha recaído desconfianza. De un lado, son demasiadas las terminologías en conflicto, que responden a visiones del mundo también en conflicto; en ellas las mismas palabras son empleadas en sentidos diferentes. Pero no sólo esto, sino que es muy frecuente que incluso un término técnico, sobre todo aquellos que tienen su base en la lengua natural, sea empleado con sentidos cambiantes dentro de una misma escuela, sin que los que lo usan se percaten de ello. Por poner un ejemplo, Michelena detectaba no hace mucho<sup>10</sup> el uso ambiguo del término *función* por los miembros de la escuela lingüística de Copenhague, los llamados glosemáticos, para quienes es, sin embargo, central. Precisamente estas definiciones ambiguas de los términos son un punto de apoyo de primer orden para retrazar la historia de las ideas: es un programa de trabajo en el que, por lo que respecta al pensamiento griego, estamos embarcados en este momento un cierto número de personas. Pero, a efectos sincrónicos, el resultado es una cierta inseguridad y un constante recambio de la terminología, que no logra terminar con los usos antiguos. Recambio a veces excesivo e innecesario, que llega a convertir los escritos de las distintas escuelas en algo críptico, inteligible solamente para sus miem-

---

<sup>10</sup> *Emerita* 37, 1969, pág. 103.

bros —aunque a veces, cuando logramos dar con la traducción del *total*, nos hallemos ante tesis familiares.

En realidad, una gran parte del vocabulario científico y filosófico es de origen griego y está arraigado en las concepciones antiguas: a veces arrastra conceptos que nos son ajenos y otras es usado en forma arbitraria, dependiente de las diversas escuelas. También sucede que se crea vocabulario técnico a partir de las lenguas modernas, con lo cual pierde en universalismo y tampoco está exento de los demás riesgos. Puede recurrirse a citar los términos en su lengua original y hablar, por ejemplo, del *élan vital* de Bergson, que es un ejemplo de hipóstasis tan claro como aquellos otros que se les echa en cara a los antiguos. O se recurre al calco y se habla de conjuntos para traducir los *sets* del inglés, por ejemplo. Pero ¿qué hacer con terminologías como las introducidas por Heidegger, enraizadas en la lengua alemana, que juegan, por así decirlo, con la lengua alemana? ¿Cómo reproducir las relaciones que establece entre *denken* y *denken*, *Geschichte* y *Geschick*, *Entschlossenheit* y *Erschlossenheit*, etc.? Terminologías que, por otra parte, nos llevan a un pensamiento muy delimitado, es difícil que puedan aspirar a la universalidad que es propia de la Ciencia o de lo que es considerado Ciencia en un período histórico determinado. En estos casos la lengua más que comunicar, incomunica.

Ambigüedad, particularismo, babelismo diríamos, se introducen por doquier en el mundo del vocabulario científico, donde menos deberían darse: bastante problema era ya el inevitable del carácter discontinuo y meramente opositivo de todo signo lingüístico, el hecho de que toda clasificación lingüística sea solamente una entre las varias posibles. Pero hay más. En ciertos dominios tiende a desarrollarse el carácter dilemático del vocabulario, para hablar en términos de Korzybski y Hayakawa, la tendencia a organizarlo en dos series, valoradas una positiva y otra negativamente y dentro de cada una de las cuales los términos tienden a la sinonimia. Es lo que ocurría ya en el platonismo, que organiza el mundo en torno al Bien y el Mal, la Realidad y la Apariencia, el Alma y el Cuerpo, etc. Junto a esta zona de vocabulario dilemático, introducido ya en todas las lenguas naturales por obra de una tradición filosófico-religiosa, en fecha reciente van penetrando otros vocabularios dilemáticos, contradictorios entre sí, que dividen el mundo en dos zonas tajantemente opues-

tas. Este tipo de vocabulario se presenta siempre con caracteres de rigurosamente científico y con el vocabulario científico tiene, evidentemente, relaciones. Crea conceptos absolutos y cerrados, enlazados en forma sistemática, sin ambigüedades ni sinonimias ni neutralizaciones ni homonimias. Pero el decir que una concepción y un vocabulario son científicos nada implica sobre su verdad: sólo se refiere a su carácter sistemático, al número de hechos que pone en conexión recíproca. Muy concretamente, el vocabulario dilemático y las concepciones que a él van unidas implica una explotación exagerada de la existencia en la lengua de oposiciones binarias. Esto es característico de la lengua de la acción: la acción hace olvidar los matices, obliga a decidirse entre dos bloques y a considerar cada uno como unitario. El vocabulario dilemático confunde, sin duda involuntariamente, el conocimiento y la acción en detrimento del primero. Y crea cismas entre poblaciones homogéneas, que usan las mismas palabras con sentidos opuestos. Son religiones y filosofías que buscan la sustitución de todos los esquemas existentes las que lo transportan.

Estos son algunos aspectos de la cuestión. Otros son las insuficiencias que se sienten cada vez más en materia de vocabulario científico. Las técnicas en pleno desarrollo son inagotables consumidoras de palabras, que les llegan tantas veces mal formadas, contradictorias. El caos es tan grande que da lugar a veces al establecimiento de una verdadera dictadura lingüística, impuesta bien por órganos ministeriales, bien por instituciones o autoridades particulares. En otros lugares esta dictadura no existe, pero es añorada. En todo caso, falta tiempo para un desarrollo orgánico, las terminologías abundan en incoherencias y usos contradictorios: en los rasgos que deberían estar ausentes, exactamente, de una terminología científica.

Y otro aspecto todavía, y más grave aún, es la insuficiencia no solamente de nuestras palabras, sino de nuestra capacidad de crear palabras y elaborar conceptos, que a veces se siente en ciertos campos del saber. Hipótesis formuladas en lenguaje matemático son in traducibles a la lengua natural, aunque se la amplíe con nueva terminología, que no se sabe cómo crear. Este panorama ha sido ilustrado por Heisenberg<sup>11</sup> para lo relativo a la teoría de la relatividad y la física del átomo.

---

<sup>11</sup> *Physique et Philosophie*, trad. francesa, París, 1958, pág. 201 sigs.

Me contento con remitirme a él. Una formulación puramente matemática no es suficiente para el hombre, por ser esencialmente formal. El hombre quiere asomarse a los contenidos, aunque llegue a ellos por vía de metáfora, como es lo normal en el lenguaje abstracto. Aquí no sabemos en qué apoyar la metáfora o vacilamos ante ella. Estamos, parece, ante uno de los límites del lenguaje.

Después de asomarnos brevemente a la problemática del lenguaje científico, inserta a su vez en la de la lengua natural, no nos extrañaremos del proyecto de los positivistas lógicos y sus continuadores de arrasar los distintos lenguajes, salvo el matemático, y establecer sobre este campo de ruinas el suyo: en realidad, una lengua universal, que puede al menos en principio traducirse al lenguaje matemático y a la inversa, y que constituiría una lengua universal de la Ciencia que acabara con este babelismo; que acabara de paso, también, con tanta teoría y tanto pensamiento ligados a las formas tradicionales de lenguaje natural y científico.

No nos es posible de ocuparnos aquí de este programa ni de sus resultados con la extensión que merecería. Es claro, sin embargo, que no resulta aplicable a vastos campos de la realidad: que es tan limitado, a este respecto, como el lenguaje matemático. Y que, aun allí donde es aplicable, lo que hace es crear estructuras lingüísticas sistemáticas, un modelo de lenguaje entre los varios posibles, que describe unos determinados aspectos de la realidad y deja otros ocultos; que es, por otra parte, adecuado para establecer relaciones entre cualquier tipo de conceptos o unidades analíticas, es decir, que no es autosuficiente. No hace más que modificar y desarrollar en determinadas direcciones los análisis de la Lógica aristotélica, que era ya ella susceptible de críticas semejantes. Se trata, en definitiva, de una especialización de la lengua que abarca un campo reducido y que, además, está sometida a la problemática general de la lengua: la existencia de clasificaciones arbitrarias, de contenidos de unidad ficticia, concebidos en forma discontinua, es patente. Se trata siempre de nuevas versiones de la eterna ilusión humana de crear un sistema de signos que reproduzca el de la realidad. Logra una aproximación allí donde antes no se había logrado, pero produce unos resultados solamente parciales.

Algo más querríamos, pese a todo, decir sobre esto, pero antes de ello hemos de insistir en que las terminologías científicas, lo mismo

que las lenguas naturales, siguen siéndonos indispensables, por muchas que sean sus limitaciones y sus parcialidades. Al menos hemos ganado conciencia del problema y una posición crítica que, si es seguida rigurosamente, evitará tropiezos. La creación de nuevas terminologías es un factor de progreso, si se hace conociendo sus limitaciones: pero siempre deja abierto el camino a nuevas búsquedas, a nuevos hallazgos y, por tanto, a terminologías nuevas. Hemos de resignarnos, al tiempo que buscamos perfección, a lo limitado y a veces contradictorio de nuestro conocimiento: el laberinto de nuestras terminologías no es más que una expresión de esta verdad. Es necesario, de otra parte, que se conserve en el grado posible el uso de la lengua natural, que es el puente que une al científico con los demás hombres. Y que, después de todo, es más razonable y verdadera que los sistemas binarios, dilemáticos, de las filosofías de la acción, las de todos los reformadores a rajatabla que no hacen, con todo su antimetafisicismo, otra cosa que reproducir posiciones platónicas que oponen el Bien y el Mal, lo Verdadero y lo Falso. Y es más matizada y ofrece más posibilidades que ciertos sistemas empobrecidos.

Entre ellos está —y esta afirmación nada quita a sus grandes aportaciones— el de los positivistas lógicos y el de toda la Lógica Matemática o simbólica de ellos derivada: ya lo hemos anticipado. Cuando Carnap define la Semántica y la Sintaxis puras como la descripción y análisis de sistemas semánticos y sintácticos que pueden referirse a lenguas no existentes, a base de unas reglas que definen conceptos semánticos y sintácticos y establecen sus relaciones<sup>12</sup>, no está procediendo de otro modo. Para él a partir de un determinado momento puede prescindirse de la Pragmática, es decir, del uso de la lengua. No se hace más que sacar explícitamente y formalizar las consecuencias de posiciones teóricas de alejamiento de la descripción real de la lengua que ya estaban en Hjelmslev. A esto y a la construcción de modelos de lenguas artificialmente creadas o de modelos lógicos o matemáticos diversos, el lingüista no tiene otra cosa que oponer que la parcialidad de los sistemas logrados a partir de la abstracción de unos determinados contenidos o relaciones de origen

---

<sup>12</sup> Cf. Carnap, *Introduction to Semantics and Formalization of Logic*, Cambridge, Mass., 1961, pág. 11 sigs.

lingüístico. Puede tratarse de «un» lenguaje perfecto, no «del» lenguaje perfecto ni del lenguaje de la Ciencia a secas.

El lingüista hará observar, por ejemplo, que los símbolos que utiliza la Lingüística Matemática no por subsumir varios signos lingüísticos o por distribuir otros entre más de un símbolo representan un absoluto. Por ejemplo, una lengua como esta que establece un símbolo traducible por «si... entonces» y otro por «si y sólo si» es perfectamente respetable, pero no es un absoluto: en lenguas naturales puede haber y hay otras oposiciones, por ej., en español hay distintas partículas condicionales (*si, cuando, en caso de que, dado que, etc.*) que no son sinónimas, cortan de modo diverso el espacio semántico de la condición, la cual, por su parte, tiene límites fluctuantes. Y hay que tener en cuenta que los símbolos son todavía más peligrosos que las palabras: el prestigio que los rodea tiende a hipostasiar su contenido aún más que el de aquéllas.

Pero veamos ahora la aplicación de este lenguaje de la Lógica Matemática aplicado a la descripción de un campo científico: al campo de la lengua misma. La construcción de modelos de lenguas artificiales no es en absoluto objetable, siempre que se tenga en cuenta que constituye esencialmente un método heurístico para mejor analizar las lenguas naturales, aparte del interés que tiene en sí. Pero cuando ha sido aplicada por Chomsky y sus seguidores a la descripción de lenguas naturales, los resultados han sido de doble orden.

Por un lado, es cierto que se logran descripciones sistemáticas de determinados elementos lingüísticos y sus relaciones que no eran fáciles de lograr sinópticamente de otro modo. Por otro, no lo es menos que bajo una formulación impecable laten antiguos análisis lingüísticos que remontan a los de constituyentes inmediatos de la Gramática americana anterior (la llamada *Phrase Structure Grammar*). Postal lo ha puesto de relieve últimamente<sup>13</sup>, aunque era de sobra evidente. Pero estos análisis remontan a su vez, confesada o inconfesadamente, a la antigua gramática de tradición greco-latina, con frecuencia superada entre tanto por otros estudiosos. O sea: el método de formulación es por sí solo insuficiente.

---

<sup>13</sup> *Constituent Structure: a Study in contemporary models of syntactic description*, Bloomington, 1967.

Pero decir que es neutro sería excesivo. Pues el método arrastra, con su formalismo, un desprecio hacia los problemas semánticos. El acento está puesto en deducir, a partir de los símbolos básicos, axiomas y de aplicar a éstos reglas de inferencia; y todo ello lleva a suponer que las lenguas son sistemas lógicos, descuidando una amplia serie de elementos de las mismas. Como decíamos arriba, el instrumento de descripción prejuzga la descripción. Así se llega a una Lingüística que está en buena parte separada de la lengua, es una disciplina matemática y en gran parte normativa<sup>14</sup>: es la repetición del error de Aristóteles en cuestión de lengua. Y tanto es así que Chomsky atribuye carácter universal a rasgos que son propios de una lengua particular, en este caso el inglés, repitiendo así los errores de la gramática logicista basada en el Latín —en una peculiar interpretación del Latín. Nada de extraño que se sienta atraído por Port Royal y por Descartes<sup>15</sup>.

No todo es negativo, ciertamente, y entre lo positivo está que, llevado por la fuerza misma de los hechos, Chomsky ha tenido, en cierto momento, que apartarse de sus vagas generalizaciones a partir de unos pocos ejemplos de construcciones triviales de una lengua empobrecida, para tratar de investigar puntos tan complejos como el de la relación de Semántica y Sintaxis. Pero produce a todos los lingüistas un sentimiento de pavor el ver que estos métodos son a veces imitados o envidiados, para su aplicación indiscriminada, en dominios mucho menos sistemáticos que la lengua.

Y con esto terminamos. El espectáculo de la elaboración de cada vez más refinados instrumentos simbólicos al servicio de la Ciencia es realmente fascinante. Disponemos hoy de una amplia gama, cuyas zonas de aplicación no están todavía bien exploradas. Por eso hay el riesgo de que alguien dé prioridades dogmáticas a uno de estos sistemas de signos sobre otros. Hemos querido mostrar aquí los riesgos que ello implica; y los riesgos y limitaciones que son connaturales a todos ellos. Hemos tomado una posición crítica, propia del lingüista, que posiblemente será recibida con desconcierto con quienes están empeñados en antiguas o nuevas búsquedas elaborando para ello nuevos instrumentos. Esto es legítimo: siempre que se esté en disposición de acudir, según los casos, a todo el amplio almacén, de-

---

<sup>14</sup> Cf. Dixon, *Linguistic Science and Logic*, La Haya, 1963, pág. 63 sigs.

<sup>15</sup> Cf. mi *Lingüística Estructural*, págs. 415 ss. y 461 sigs.

masiado amplio a veces, que de ellos disponemos, para desechar lo que no vale, escoger lo más conveniente, crear lo que es necesario. Y ello en función del campo de estudio y del punto concreto que se estudia. La Lingüística no suministra armas mágicas ni panaceas. Suministra crítica, que, ya que las primeras no existen, es la segunda cosa más ventajosa. Un buen medicamento usado en momento o en dosis inadecuados puede ser perjudicial. Y todo medicamento tiene algo de artificial y tiene efectos secundarios nocivos, por beneficioso que sea. También la lengua es algo artificial, una red puesta entre nosotros y la realidad, que a veces dibuja sus perfiles, pero a veces los dibuja mal o los encubre o destaca unos a expensas de otras. Pero es algo de lo que no podemos prescindir: algo que hay que mejorar y que adecuar en cada caso al objeto descrito, en lo posible. Y que logra éxitos de descripción y de eficacia, aunque siempre dentro de un conocimiento, pese a todo, parcial.

Pues la solución peor sería alejarnos hacia zonas de escepticismo o relativismo totales o dar por absolutos recursos que tienen un valor parcial. Llegar a aquello contra lo que prevenía Platón en el *Fedón* (89 d): hacernos odiadores del *logos* por haber fracasado alguna vez en la investigación de la verdad. O abominar de la civilización de la palabra, por peligrosa y escurridiza que sea, y reducirnos a la del símbolo y el número, que son derivados y complementos de ella, tan llenos de peligros como la palabra misma: ya preferibles, ya lo contrario, ya combinables con ella, siempre debiendo someterse a una crítica lingüística.

FRANCISCO R. ADRADOS